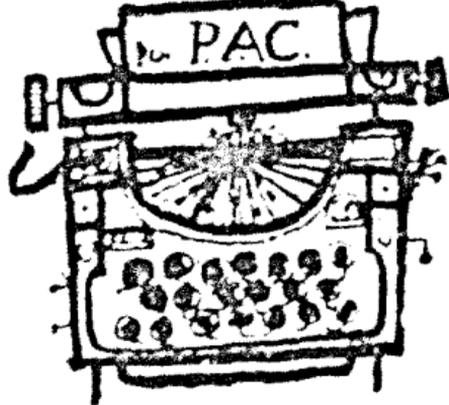


# escrito a máquina

Quando el  
linero se viste  
con harapos



Si el pecado contra la estética de Managua sólo puede repararse muy lenta y dificultosamente, sirvan al menos nuestras reflexiones, por el momento, a las otras ciudades para que brote en ellas el espíritu social de defensa de ese tesoro intangible que es su "personalidad urbana". La enfermedad contagia: y ya Granada y León han comenzado a ser devoradas por las peligrosas bacterias del interés y de la usura. En León ya se consumó uno de los atentados más dolorosos e inexcusables en su propio corazón, al construirse el edificio del Club Social (desfigurando la fisonomía de una plaza de alcurnia metropolitana) y al destruirse uno de sus más bellos e históricos templos —el de San Francisco— para dar lugar a un adfesio de cemento.

Heridas parecidas ha sufrido Granada, mientras en ambas ciudades, a la sombra del lucro, los dueños de casas van dividiendo la habitación nicaragüense, de corredores y jardines, estropeando belleza y destruyendo condiciones de vida, en un proceso de cáncer urbano más lento que el de Managua pero siempre de resultados desastrosos.

Los nicaragüenses actuales no sienten escrúpulos en tomar medidas drásticas apenas la balanza económica oscila desfavorablemente. Una fuga de divisas es suficiente para prorrogar nuestro consuetudinario estado de emergencia económica, pero la fuga de valores estéticos y espirituales —que en el caso urbanístico va pareja con la destrucción de ciertas raíces vitales para el desarrollo de la raza —no merece la menor alarma ni la menor medida.

Conste, sin embargo, que yo no creo en medidas gubernamentales o municipales mientras no exista una educación y una cultura que las respalde. Hace años un gobierno municipal de León tomó la medida de destruir las ventrudas y románticas ventanas coloniales para "modernizar" la ciudad!

En el caso de Managua (lo mismo que en el de las demás ciudades) tiene que anteceder una preocupación, limitada naturalmente a unos cuantos individuos, y por medio de ese núcleo inicial que estudie y valore los problemas del hombre en su vida de ciudadano y los problemas de la ciudad en relación con el hombre nicaragüense, crear, por irradiación, una conciencia colectiva.

La profundización y consolidación de esa conciencia comunal es difícil. Ya dice el gran arquitecto Walter Gropius que "aplaudimos más el efecto de sorpresa de nuevas maravillas en la arquitectura, que la busca paciente y tenaz de soluciones fundamentales y susceptibles de desarrollo, crecimiento y repetición. Padece el estorbo de nuevos hallazgos personales más o menos brillantes que no pueden luego encajar en el ambiente arquitectónico, digno y mesurado, dotado de un estilo MAS BIEN IMPERSONAL Y COLECTIVO". Tanto el arquitecto como el morador debemos pensar no solamente que construimos una casa, sino una casa DENTRO de una ciudad.

Pero, mientras surge esa preocupación y ese espíritu, que poco a poco reponga o rectifique, en zonas y aspectos de la ciudad, los brutales errores de nuestra total falta de "estilo", es necesario que la ciudad adquiera lugares-focos, sitios irradiantes de cultura sin los cuales el nicaragüense —sumergido cívicamente en las aguas turbulentas del negocio— jamás podrá adquirir el afecto por la belleza, que es el principio de la educación cultural. Dije en un artículo pasado que Managua tenía todos los defectos de las grandes ciudades y ninguno de sus halagos y beneficios. Que aquí no surgen esos "elementos desinteresados" —museos, bibliotecas, plazas, parques y monumentos, paseos, etcétera— que permiten al ciudadano sacar, al menos el rostro, de esas aguas suciamente bursátiles que nos cubren sin descanso. San José de Costa Rica, Guatemala, ésta con más historia, la otra con menos, poseen museos magníficamente presentados en la proporción de sus recursos. El nuestro, en parangón, es un museo-mendigo. ¿Por qué —preguntémonos— hemos llegado al harapo en ese orden? ¿Qué hay que poner en nuestro espíritu para que esa despreocupación en el vestido de la cultura no nos exhiba como ciertos ejemplares humanos desaliñados y rotos por desidia?

No es pobreza. Al contrario, es riqueza. Efecto de buscar únicamente el interés. Suenan monedas en la bolsa del mendigo. El mendigo monta en un cádillac o se va a Europa a buscar cabarets con sus cosechas de algodón. Pero no se pone la camisa del arte.

Alguna vez he hablado de una pequeña ciudad maravillosa que se llama Florencia. Hoy la vemos y cada vara cuadrada es un gozo de arte. Pero ¿qué era esa ciudad? ¿Cómo se formó? ¿Qué le dio ese acervo tan formidable de arte, de riqueza cultural y ese ambiente nutrido de cosas del espíritu?

En la baja Edad Media, cuando Florencia tenía la edad que hoy tiene Managua, o Granada o León, era como la vieja Managua, como la vieja Granada, como la vieja León. Pequeña ciu-

# VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

in poco aldeana y con un pueblo pobre y ambiente de luchas partidaristas y de odios npanarios.

pero con los años aparecen unas familias y ellas una que se destaca más: los Médicis. s familias, con un grupo de escritores y de s y de gentes interesadas y aun "snobs", coan a hacer brotar por todas partes lo misue aquí ha brotado, PERO CON ARTE. i que se ha estudiado a fondo la historia de icia se ha sabido que el capital de los Méno sobrepasó los 50 mil dólares. ¡Nunca, orden del arte, se ha gastado mejor ni ha lo más un capital de 50 mil dólares!

Cuando ellos comenzaron acababa de nacer das las distancias), un Rubén Darío floren—el Dante— y a su sombra creció lo de Botticelli, Andrea de Sarto, Rafael, Maquia—el mismo Miguel Angel, etcétera. Todo arera atraído hacia esa ciudad-faro. Todo arera incorporado a un ambiente, y de la coín de todos, nació "el estilo de la ciudad", lo de su gracia y de su personalidad comu-

No fue el fruto de la riqueza. Fue el fruto go que también está al alcance de nosotros.

PABLO ANTONIO CUADRA